



Reina de Todos los Santos

**REAL, ANTIGUA, ILUSTRE Y FERVOROSA HERMANDAD
SACRAMENTAL DE NUESTRA SEÑORA REINA DE TODOS LOS
SANTOS, MADRE DEL AMOR HERMOSO Y MEDIANERA UNIVERSAL
DE TODAS LAS GRACIAS Y ÁNIMAS BENDITAS DEL PURGATORIO**

C/. González Cuadrado, 57 • • Teléfono 954 37 75 35 • 41003 SEVILLA



AÑO XXIII

MARZO 2007

Nº 43

DIRECCIÓN: Secretaría de la Hermandad.
Manuel Torres Cano

COLABORADORES:

D. Pedro Juan Álvarez Barrera
José Antonio García-Tapial Molano
José Luís Ruiz Moreno
José González Isidoro
José M. Jiménez Parrado
Jesús del Río Cumbreiras
Irene Rubia Vaquero
Carmelo Fernández López
Luís Rico Rodríguez

FOTOGRAFÍAS:

Javier Rizo Gallart
Carlos Barquín Viloca
Antonio Varela Rey
Ana García Gamero
José Ángel Oviedo
L. M. Gómez Pozo
Roberto Villarrica
Carlos J. García Jarana
Archivo Hermandad



Reina de Todos los Santos



Sumario

Editorial.....	3
Del Director Espiritual	4
Del Hermano Mayor	5
Eucaristía y Misterio Pascual	6
Añoranzas de un Muñidor Sacramental	8
Un Año Más.....	10
Vida de Hermandad	12,17,18
Reflexiones del Culto Eucarístico	19
Mayordomía	21
Entrevista: Miguel Bermudo	22
Agenda del Hermano	24
Mi Devoción	25
De Nuestros Hermanos	26
Portada: <i>Cornucopia. Siglo XVIII. Año 1771.</i>	
Contraportada: <i>Bordado Central Bandera Concepcionista</i>	
Fotografías: <i>Javier Rizo Gallart.</i>	

Nota: Queda prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este boletín, sin la autorización previa por parte de la Hermandad. La Hermandad no se responsabiliza ni comparte necesariamente las opiniones aquí publicadas por los hermanos y colaboradores.



Editorial

“Que sean uno para que el mundo crea”

(Jn 17,21)

Esta fue la oración de Jesús al Padre y eso es lo que se nos pide a los fieles laicos de nuestra diócesis: que seamos uno para que el mundo crea.

Y en eso se basa la carta pastoral de nuestro Cardenal Arzobispo de Sevilla, Carlos Amigo Vallejo, para preparar la Asamblea Diocesana de Laicos.

En ella se nos invita a vivir lo más cerca posible de Cristo, a oír su palabra y a dar testimonio de que vive, nos acompaña y nos salva. Muchas y grandes pueden ser las dificultades, pero mayor es la fuerza y la esperanza que se nos ha dado.

En la Iglesia, los obispos, los sacerdotes y los diáconos forman el clero, y son los encargados de servir con la palabra de Dios, los sacramentos y el ejercicio de la caridad.

Otras personas han recibido una vocación particular de Dios, que les llama a dejarlo todo para seguir fielmente a Cristo, consagrando su vida, en formas diferentes, a la alabanza de Dios y al ejercicio de la caridad fraterna.

Pero el grupo más numeroso es el que constituimos los fieles laicos, que hemos recibido el bautismo, igual que todos los que formamos la Iglesia, y que estamos llamados a vivir identificados con Cristo y a dar testimonio del Señor, con obras y palabras, en medio de la sociedad en la que vivimos.

Todos hemos sido llamados a evangelizar y a dar testimonio de Cristo. Pero Él ha puesto una condición: si queremos que el mundo crea, tenemos que mantenernos unidos. Esta fue la oración al Padre: “que sean uno para que el mundo crea” (Jn 17,21).

Hemos sido invitados a participar activamente en la Asamblea diocesana de laicos y se nos anima, pues, a asumir nuestra propia vocación como miembros plenos de la Iglesia, y participar en esa ineludible misión de vivir y anunciar lo que se ha visto hacer y decir a Jesucristo. Y todo para que el mundo crea.



De nuestro Director Espiritual

Pasar Hambre

Estamos a punto de iniciar la Cuaresma, nos preparamos para vivir la Pascua un año más, a través de un tiempo de penitencia.

Una penitencia expresada por la limosna, la oración y el ayuno.

De los tres instrumentos, el más difícil de situar es quizás el ayuno: la limosna a menudo la realizamos a través de colaboraciones de ayuda a los más desfavorecidos, y también sabemos buscar espacios que favorezcan nuestra voluntad de rezar. Con esto ya tenemos cubiertas las relaciones con los demás y con Dios. Pero, ¿y el ayuno?

Es la expresión de la penitencia más difícil de vivir. Afecta directamente a la relación con nosotros mismos, y debe hacernos discernir entre lo que verdaderamente nos alimenta y lo que no.

Para ello nada mejor que pasar hambre, de algo importante para nuestra supervivencia, de una manera u otra. Solo así hacemos realidad lo que pedimos al Padre en la postcomunión del primer domingo de Cuaresma “que nos haga sentir hambre de Cristo, pan vivo y verdadero, y nos enseñe a vivir constantemente de toda palabra que sale de su boca”. Jesucristo, muerto y resucitado, es el verdadero alimento, a través de su palabra, a través de su cuerpo y sangre, de Él debemos pasar hambre de veras.

Pedro Juan Álvarez Barrera
Director Espiritual y
Párroco de Omnium Sanctorum



DEL HERMANO MAYOR

Tiempo de Resurrección

Tiempo de reflexión, es el tiempo que los cristianos llamamos a la Cuaresma.

Reconciliación, vigilia, sacrificio, dolor, calvario, son algunos de los momentos que Cristo vivió por nosotros los hombres.

El, Jesucristo fue el pescador de los hombres, el que repartía semillas allá por donde pasaba, era amigo de los niños, de los ancianos, de los pobres, de los enfermos, de los incomprendidos y rechazados.

El Amor al prójimo era su consigna. "Amaros los unos a los otros".

Nos entrego su cuerpo y su sangre, instituyendo así el Sacramento de la Eucaristía.

"Una tarde se reunió con sus apóstoles para cenar y momento antes de hacerlo, tomo una jarra con agua, una palangana y un paño blanco y le lavo los pies a sus discípulos. Después partió el pan y lo repartió y lo mismo hizo con el vino."

Presencia Viva de Jesucristo. Momento sagrado de la alabanza al Santísimo Sacramento. Jesús presente en nosotros.

Vino al mundo para servirnos, no a ser servido. Fue prendido, burlado, azotado para después morir en la Cruz.

Pero su muerte fue su triunfo, el Amor y la Vida vencen a la muerte.

"... Y al tercer día Resucito y habito entre nosotros, para guiarnos en el camino."

José Antonio García-Tapial Molano



DEL PROMOTOR SACRAMENTAL

Eucaristía y Misterio Pascual

*Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección
¡Ven, Señor Jesús!*

La Eucaristía es el sacramento de la madurez cristiana, con el que se culmina el proceso de la iniciación en la fe y se recibe la fuerza para iniciar la andadura de la cristificación, pues en él se celebra y actualiza, como parábola en acción, el misterio pascual del kerigma apostólico, canalizando en el *hic et nunc* el venero inagotable de gracia que mana del corazón abierto del Verbo encarnado.

Éste carácter hizo que, en las primitivas comunidades, se lo sometiera a la disciplina del arcano: sólo para los bautizados iniciados, lo que dio pie a las patrañas acusatorias de los romanos, los chismes forman parte, como vemos, de la *humana conditio*, de incestos y sacrificios humanos rituales.

Pero también es profecía en acción, porque en la Eucaristía se vive un anticipo de la gloria futura, se vive el Reino a la luz del discernimiento de la Palabra de Dios, que se experimenta en la comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

La Eucaristía, la celebración del pan único y partido, es también la vivencia de la unidad de la Iglesia, cuerpo de Cristo, pues la Iglesia militante, en cada celebración eucarística, ora por sí y por la Iglesia purgante y se une a la liturgia celestial tributada al Padre con la Iglesia triunfante, por Cristo, con Él y en Él en la unidad del Espíritu Santo.

La Eucaristía es, también, el sacramento por excelencia, porque en ella se manifiesta de una manera excelente Jesucristo, de ahí que hablemos de presencia *real y verdadera*, en una triple dimensión: la de actualización del sacrificio del Calvario, la de manducación sacrificial y viático consolador y la de presencia permanente de Jesucristo Resucitado en medio de su pueblo hasta la consumación de los siglos. En ella se entrecruzan pasado, al conmemorar el sacrificio de Cristo, presente, nuestra realidad que gime con los dolores del parto, y futuro, la consumación del Reino, y se abre una ventana hacia la eternidad de la plenitud en Dios.

Todo esto hace que la Eucaristía esté en el corazón de la celebración anual del misterio pascual. El Jueves Santo se celebra la institución de la Eucaristía la víspera de la Pasión en el marco de la cena pascual. Como ella, la Eucaristía es memorial de la acción salvífica de Dios en Jesucristo, auténtico y definitivo Cordero Pascual, Carne que se entrega y Sangre que se derrama por la salvación individual de cada uno de nosotros y universal de toda la humanidad.



La Eucaristía se reserva de una manera solemne para su adoración durante esa tarde-noche en el *monumento*. En la presencia del Cristo Eucarístico la comunidad tiene que rendirse ante la locura del *Deus absconditus*, que no contento con encarnarse, renunciando a su forma divina, y entregarse, en su proceso kenótico, hasta la muerte, se queda permanentemente bajo el velo de las especies de pan y vino para alimento y fortalecimiento de la Iglesia. Así, la Eucaristía es el refrendo de ese cáliz de la voluntad del Padre que en su agonía de Getsemaní Jesús decide apurar hasta el fondo.

Pero esta conmemoración eucarística, en la que se resalta su carácter sacrificial redentor, no agota la reflexión y celebración litúrgica, por lo que se desdobra en la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor en otro jueves esplendoroso, después de cerrar la cincuentena pascual y de contemplar el misterio trinitario en su plenitud: Dios Creador, Dios Salvador y Dios Santificador, en que celebramos con gozo la presencia actuante del Resucitado Glorioso en medio de su Iglesia en la Eucaristía.

Tras la Eucaristía de esta jornada la Iglesia prescribe en su liturgia una procesión solemne y jubilosa, en la que cada comunidad se manifiesta ante la sociedad como un pueblo que camina hacia el horizonte de la utopía del Reino en la presencia del Señor y con la guía del Espíritu.

Al ser la Eucaristía renovación del misterio pascual en su actualidad perenne para el cristiano, la Iglesia no quiere que ninguno de sus fieles pase la celebración de la pascua anual sin participar plenamente, al menos una vez, en este banquete salvador.

Y así la comunidad, inundada por el amor derramado por el corazón eucarístico de Jesús, dedica un domingo de este tiempo litúrgico, día del Señor, para llevar solemnemente la Eucaristía a los impedidos, en los que Cristo se revela de una manera especial por su propia voluntad. No olvidemos que ligado a la Última Cena tenemos el lavatorio de los pies: la identificación con Cristo tiene que llevar necesariamente a una postura de servicio y atención del más débil y necesitado.

Ciertamente, no es necesario el derroche de aparato para llevar la comunión a los enfermos, pero sí es conveniente en esta ocasión para concienciar a la comunidad de la importancia y necesidad de la caridad hacia sus miembros en los que se manifiesta Jesús Doliente y para manifestar a los no creyentes de nuestra sociedad multicultural el misterio de comunión de la Iglesia en torno al Señor Resucitado, que vive para siempre glorioso a la diestra del Padre.

En definitiva, la Eucaristía nos proporciona la fuerza para poder transformar nuestras vidas según el arquetipo del Señor, Dios y Hombre verdadero, que se entregó hasta la muerte de cruz, en la construcción del Reino de los Cielos para vivir la resurrección, y nos hace exclamar anhelantes: *¡Marana tha! ¡Ven, Señor, Jesús!*

José Luís Ruiz Moreno



Añoranzas de un Muñidor Sacramental

AUNQUE no nací en Sevilla, pasé la mayor parte de la infancia y pubertad en su casco histórico. Luego, la vida -estudios, trabajo, familia,...- me llevó por otros lugares. Sin embargo, ese tiempo vivido a orillas del Guadalquivir me marcó para siempre, hasta el punto de no dudar en trasladarme a su área metropolitana, una vez conseguida la jubilación. Tras cincuenta años de ausencia, encuentro la ciudad muy cambiada. Queda poco de cuanto conocí: los monumentos y poco más. Muchas intervenciones han sido para mejor, en cambio algunas otras no parecen tan positivas. Pese a ello, las mayores mutaciones se encuentran en el campo de las costumbres, en la manera de afrontar las cosas, en los gustos,... Recuerdo las fiestas populares y religiosas: las primeras centradas en la Feria del Prado o las veladas de San Juan de la Palma -en la plaza de los Carros y Menjíbar-, Santa Ana, la Virgen de las Nieves -en los jardines de Murillo-, etc.; las segundas en torno a las: Pascuas de Navidad y Reyes, Semana Santa, Corpus, Virgen de los Reyes,... Igual puede decirse de los juegos de los chavales en la calle: bolas, billarda, saltos a piola,..., e incluso de los correspondientes a las niñas: la comba, el teje, etc. Casi siempre se producían en horario próximo a la salida del colegio, bien por la mañana, bien por la tarde, pues la jornada escolar era partida y de lunes a sábado, a excepción del jueves: sólo medio día. También reservo gratísimas añoranzas de mi parroquia, donde ejercía de monaguillo recitando latines con verdadera soltura, participando por Navidad en la Adoración del Niño, por Semana Santa en los Oficios, y sobre todo, por Pascua florida en la fascinante procesión de impedidos: "la Majestad en público", nombre dado por aquel entonces a este culto de la Sacramental.

La disfrutaba desde que el domingo previo el cura la anunciase durante las misas. A partir de ese instante se notaba un bullir especial en la feligresía, incrementado con el reparto de octavillas por todo el vecindario, indicando ya el recorrido del Señor. De ese modo el ambiente aumentaba por minutos, llegando a su punto álgido la víspera con los preparativos del palio, del estandarte, del guión, de los faroles altos y bajos, de las hachetas, del manifestador portátil, de las campanillas,... Al anochecer, una vez acabado el rosario, ya no cabía de gozo, pues

comenzaban los anuncios oficiales de las horas que se avecinaban. Tales actos se iniciaban con alegres repiques y lanzamiento de cohetes -a modo de salvas al Rey de la Gloria- desde la torre. Entre tanto ya me había revestido con la sotana roja y el pertinente sobrepelliz, al tiempo que una esquila colgaba del cuello mediante correas de cuero. Una vez abiertas las dos hojas de la puerta principal del templo, y colocado en medio del vano en compañía de varios oficiales de la Hermandad del Santísimo, hacía sonar el referido instrumento. Por su parte los miembros de una banda de cornetas y tambores se formaban con rapidez, puesto que en el momento de iniciar mi andadura ellos deberían colocarse detrás, interpretando marchas militares. Se trataba del bando. Así, precedido por la chiquillería del barrio, recorríamos el itinerario a seguir por la mañana. Me atraían mucho aquellos tramos de viario en los cuales se precisaba volver sobre nuestros propios pasos, por lo que los músicos permanecían en la esquina, ya que mi misión consistía en llegar hasta un determinado edificio donde uno o varios enfermos esperaban a un Jesús, realmente vivo, que sanase, sino sus debilitados cuerpos, sí sus espíritus, al objeto de solicitar también de los vecinos afincados en dicho trecho el engalanamiento para la ocasión de sus ventanas y balcones con las tradicionales colchas y mantones de Manila.

Una vez en casa, había que cenar pronto y acostarse temprano, porque tenía que madrugar, incluso más que el resto de la semana. Debía estar listo a las siete y media. A las ocho se oficiaba la misa, y nada más concluir ésta salía la procesión, bastando los breves instantes en los cuales el párroco se cambiaba de ornamentos, con la idea de exponer -al canto del *Pange Lingua*- el copón y encaminarse enseguida hacia el umbral. Ese ínterin se aprovechaba para poner el interminable cortejo en la calle. No en vano, en sus filas formaban aparte de la corporación organizadora del acto, un alto porcentaje de niños y hombres de la feligresía, junto a las congregaciones religiosas, las hermandades penitenciales y de gloria, e incluso las asociaciones parroquiales establecidas en cada jurisdicción. A fin de agilizar las cosas, durante el Ofertorio, se encendía y repartía la cera, mientras yo en la puerta del templo -con el cancel cerrado-



hacía sonar el esquilón con el propósito de recordar al vecindario la inminente aparición de Su Divina Majestad justo en el lugar que yo ocupaba en ese instante, para durante unas cuatro horas llevar el consuelo a una multitud de afligidos, expectantes –a semejanza del centurión Cornelio- ante tan ansiada visita: “Señor no soy digno de que entres en mi casa,...”. Las calles aparecían relucientes, porque las mujeres se habían encargado de barrerlas y baldearlas, antes de instalar en el acerado macetones de helechos y aspidistras, esparcir plantas aromáticas –poleo, juncia, romero,...-, e incluso ocultar miserias y calamidades cotidianas, visibles en el deterioro de muchos muros, con tejidos de desigual riqueza –por lo general, tapetes, sábanas, sobrecamas,...-, encima de los cuales entrecruzaban palmas, un montaje efímero, cuya complicación se acentuaba en los zaguanes y patios de corrales y casas de vecindad donde entraba el sacerdote para llevar el alimento espiritual y el corporal a los enfermos e impedidos allí establecidos, puesto que además de recibir la Santa Hostia, la corporación eucarística les suministraba comida: panes con la custodia o el cáliz impreso. En ocasiones estos edificios contaban con portalones practicados a sendas vías, de modo que se podía atravesar por ellos. Igual sucedía con ciertas Iglesias y Conventos, en los cuales se llenaba de nuevo el recipiente de las Formas consagradas. Sólo así, a los sonos de alegres marchas triunfales –a menudo coreadas por las mujeres situadas detrás del palio- se continuaba peinando la jurisdicción parroquial. De ahí que no regresase hasta bien pasado el mediodía.

A la vista de lo expuesto, queda claro que el binomio sociedad e Iglesia ha cambiado profundamente en estos diez lustros, circunstancia por la que cualquier parecido de lo descrito con la realidad actual, exceptuando Villanueva del Ariscal, supone mera coincidencia. Permanece lo esencial, pero privado de la devoción desbordada, de los cortejos extensos, de las comuniones masivas, del calor popular, del entusiasmo desbordado de las gentes, patente en los primorosos adornos domésticos y callejeros. Parece como si estas instituciones hubiesen envejecido conmigo, y hartas de luchas contra vientos y mareas de todo tipo, se hubiesen contagiado de la apatía, la desgana y el desinterés ambiental. De hecho, antaño se organizaban en todas las feligresías. Más, ahora, con el casco histórico medio despoblado por causa de su terciarización, con alta emigración dominical a campos y playas, con buen porcentaje de rechazo,



pasotismo e indiferencia, todo queda en manos de un sector muy reducido. Por esa razón, el número de las organizadas hogaño se reduce a una escasa quinta parte de las previas, que sus exiguos acompañamientos las reduzcan a verdaderos espectros de aquellas, que la solemne alegría antes reinante, se torne en éstas en melancólica tristeza, a veces subrayada por improcedentes marchas de entierro, evidente reflejo del vacío ambiental. En consecuencia, me gustaría ser más optimista. Sin embargo, me temo que este acto de culto público al Dios vivo, presente en el Sacramento del Altar, en absoluto mejorará, sino que por el contrario tenderá a acentuar la trayectoria iniciada en el post concilio, por lo que, salvo improbable reacción de los fieles, terminará por perderse. Imitemos pues a nuestros antepasados. Demos público testimonio de Fe: acompañando a Jesús Sacramentado o haciendo de su paso por las calles del barrio –en calidad de auténtico y único Rey de la Gloria- una fiesta grande, multitudinariamente asistida. ¡Que así sea!

LUIS RICO RODRÍGUEZ



Un año más..., un nuevo año

Cuando aún en nuestros oídos quedan los últimos aretazos de los movimientos y sonos navideños, el frío se estira como si se estuviera desperezando, para guardar definitivamente las bajas temperaturas y comenzar a trazar el cálido ambiente que sin apenas darnos cuenta, empezará a llegar al umbral de nuestras puertas.

Un año más, un nuevo año en el que empezará a estirarse el aroma y el color de nuestra tierra, los poros de nuestro cuerpo comenzarán a recibir el calor del cambio de temperatura, de las plantas nacerán bellas flores para adornar los jardines, las macetas rebosarán gitanillas, claveles y rosas y el aire se teñirá con ese inconfundible olor de los naranjos sevillanos, llegando al culmen de su frondosidad con ese azahar que terminará a las plantas de una Señora, colocado en jarras de plata, para seguir defendiendo la pureza de una Madre en su Concepción eterna.

A sus pies reposará el aroma, y en nuestras retinas quedará el dibujo de una nube de incienso que seguirá perfumando el camino trazado por un rosario de gotas de cera para que nuestro Cristo siga caminando por nuestras almas, y así poder darnos de nuevo el testimonio del verdadero amor que entregó por todos nosotros.

El cielo que tinta con ese azul que Murillo plasmó en sus lienzos, es el eterno techo de palio que mi tierra guarda siglo tras siglo sin que pase de moda, las calles serán ese camino del Gólgota por el que transitará Jesús en una nueva cuaresma sevillana, donde los sonos de cornetas, aldabonazos, racheos de pisadas y silencios, serán el transcurrir de toda una semana para convivir más cerca que nunca con Ese Hombre Dios que fue capaz de entregar su vida por todos los que le seguimos maltratando.

Un año más. Un nuevo año intentamos prepararnos para esos cuarenta días en los que viviremos la Pasión, Muerte y Resurrección de ese Cristo hermano nuestro que comenzó su vida pública dando ejemplo de obediencia, cuando por indicación de su Madre convirtió en las bodas de Caná el agua en vino, sin que hubiese llegado su hora. En el día a día no hacemos caso de lo que nos rodea, por los caprichos rutinarios de esta sociedad maltrecha por la

falta de tiempo, el vicio, el egoísmo y el consumismo, no tenemos tiempo para nadie, incluso nuestros hijos van creciendo solos sin que apenas podamos dedicarle el tiempo que necesitan de nosotros, porque entre otras cosas el poco tiempo del que disponemos, muchos lo dedican al culto del cuerpo y al propio bienestar, Cristo dedicó su tiempo a los demás. Purificó el templo echando de él a los que vendían bueyes, ovejas, palomas y a los allí sentados; los expulsó con un azote de cuerdas, esparció las monedas y volcó las mesas.

Mal uso hacemos a veces de esa casa de Cristo, de ese templo que piedra a piedra debe ser el cobijo de nuestro cuerpo y nuestra alma; la malvendemos por un puñado de monedas que entregamos al mejor postor, al olvido y a la desidia. Tenemos que abrir las puertas de nuestro corazón y acoger a los que tienen necesidad y vienen buscando de otros países el paraíso soñado, infundado, donde al menos puedan trabajar para mantener en la distancia a esa familia que se quedó en esas tierras lejanas. Tendámosle la mano para que puedan mantener al menos la esperanza con la que vienen.

Cristo predicó, bautizó, curó a los enfermos como al paralítico de Betesda, alimentó a los que tenían hambre con el pan y los peces, defendió a María Magdalena haciéndonos ver que nadie está libre de pecado, anduvo por el mar y apaciguó el miedo de sus discípulos cuando a la barca le vieron llegar. Cristo debe seguir alimentando nuestros corazones para desterrar el miedo y el desasosiego de cada momento de tristeza que a veces nos embarga.

Cristo sudó sangre cuando oraba en el huerto, pidiendo que pasara de El ese cáliz de sufrimiento. Hoy día hay mucha gente que sufre por infinidad de motivos, por falta de salud, de trabajo; no tienen comida, porque viven en la calle y no hay techo que les cobije, y mucha gente padece la gran enfermedad de la soledad. Pero seguimos ignorándolos. No somos capaces de verlos aún teniéndolos de frente y están a nuestro lado, y conviven con nosotros. Les negamos nuestra mano de ayuda y, cuando negamos a nuestros hermanos, negamos a Cristo dando un portazo a nuestras vidas, negándonos a nosotros mismos.



Cristo nos dio muestras de Dios con sus enseñanzas y con la oración en el huerto dio paso a su pasión. Una pasión que primavera tras primavera nos enseña que no debemos olvidarnos de los avatares de esta vida que tejemos sin piedad.

Cristo muere de nuevo, lo exponemos al mundo en un monte de claveles, sobres canastos dorados, lo llevamos sobre nuestros hombros, pero aparte de llevarlo sobre nosotros, debemos de llevarlo dentro, en el interior de nuestros corazones. La cuaresma no puede servir para ocultarnos tras un antifaz; debemos llevar la cara descubierta para entregar lo que tenemos dentro. Lo que sobra no es caridad. Caridad es dar lo que es nuestro, es dar lo que tenemos, incluso renunciando a ello. La caridad debe comenzar en nuestra casa y la justicia en la puerta siguiente. Hay mucho que dar y muchos que nos necesitan. El incienso debe servir para perfumar el paso de Cristo, no para ocultarnos tras una nube de buen olor; la luz de la cera debe ser el testimonio de nuestra fe, para decir que Cristo sigue vivo y donde haya una sola persona que sufra, ahí estará nuestro Cristo.

La cera de un cirio no sirve para que podamos calentarnos las manos, ni las varas un símbolo de poder, deben ser el testigo de nuestro trabajo, de la esperanza constante por un mundo donde la justicia sea el estandarte de representatividad de nuestra fe.

Tenemos que andar paso a paso, golpe a golpe de aldabonazo, porque al final del camino trazado, debemos de entender que Cristo vive, porque nos redimió con su muerte, y su sufrimiento fue una entrega de su amor hacia nosotros aunque le sigamos negando y volviéndole la espalda día a día. No debemos caminar racheando los pies; debemos caminar con pasos firmes y constantes, porque lo más importante de la cuaresma es que Cristo Resucitó.

Un año más. Un nuevo año que debemos abrir las puertas de nuestro corazón a la primavera esplendorosa de nuestra tierra. Un año más iremos cogidos de la mano de nuestro Cristo y nuestra Madre. Tras el aldabonazo las puertas se abrirán, las ojivas darán paso a la cruz de la verdad y las macollas que rematan los varales serán como puntas de estrellas que abrirán el espacio para que las lágrimas de esa mujer, sean consoladas con el paño de nuestras almas. Aprovechemos esa etapa de color y sabor que nuestra tierra derrama para mirar hacia atrás; y si no lo hemos hecho anteriormente, miremos hacia el frente y seamos capaces de recapacitar para decir aunque solo sea a golpe de aldabonazo, que es bello hacer sonreír a los que están tristes, que el regalo más grande que podemos hacer es nuestra amistad y que el reto más hermoso que tenemos los seguidores de Cristo es amar. Porque amando veremos que Cristo sigue vivo, porque habita entre nosotros.

José Manuel Jiménez Parrado

VIDA DE HERMANDAD



Comenzaron nuestros cultos en honor de Nuestra Titular el pasado 24 de Octubre como marcan nuestras reglas, ocupando la Sagrada Cátedra el Rvdo. Sr. D. Rafael Gutiérrez Fernández. El día 1 de Noviembre participamos en la Función Parroquial de Todos los Santos, presidida por nuestro Cardenal Fray Carlos Amigo, pasando después a tomar un ágape con todos los movimientos parroquiales.

En la mañana del domingo 5 de Noviembre se celebró Solemne Función Principal, presidiendo la misma nuestro Director Espiritual y Cura Párroco D. Pedro Juan Álvarez Barrera. Después de la comunión, se le hizo entrega de un cuadro de la Santísima Virgen a nuestro hermano, y director de la Banda del Maestro Tejera D. José Tristan Martín, con motivo de su despedida como director de la misma después de casi cuatro décadas al frente de la misma. Estuvimos acompañados en la función por todas las Pastorales y Hermandades de nuestra Parroquia.





La Real Antigua Ilustre y Fervorosa Hermandad Sacramental
Establecida canónicamente en la Real Parroquia de Omnium Sanctorum,
en cumplimiento de sus reglas.

celebrará D.M. el próximo domingo 13 de Mayo,
a las 10 de la mañana,

**Solemne Procesión con
SU DIVINA MAJESTAD**

para el cumplimiento de Enfermos e Impedidos de la feligresía.

A su conclusión, a las 12 horas, tendrá lugar.

**SOLEMNE FUNCIÓN DE LA MEDIACIÓN
UNIVERSAL DE NUESTRA SEÑORA SOBRE TODAS
LAS GRACIAS Y PRERROGATIVAS**

En honor de Nuestra Amantísima Titular María Santísima

**REINA DE
TODOS LOS SANTOS**

Ocupando la Sagrada Cátedra el

RVDO. P. D. PEDRO JUAN ÁLVAREZ BARRERA, PBRO.

Director Espiritual de la Hermandad y Párroco de Omnium Sanctorum.

AÑO 2007